



LA BELLEZA DE LA SORDIDEZ

POR JAIME AZPILICUETA

Confieso mi extrañeza cuando me dijeron que Sam Mendes (ganador de varios oscar de Hollywood por *American Beauty* y, reconocido hombre de teatro de la última ola) había retomado un proyecto tan aparentemente intocable. Tras la extraordinaria versión cinematográfica de uno de mis genios favoritos, Bob Fosse, cuya obra marcó mi juventud, como Busby Berkeley me había fascinado años antes en el Cine-Club de mi colegio, no pensé que este espectáculo tuviese otro giro posible.

Recuerdo haber visto en Londres la versión de Harold Prince con una Sally interpretada por ¡Judy Dench! ¿No es impensable?, y con Lilla Kedrova como la dueña de la pensión, que luego olvidaría Fosse en su adaptación. Con todos esos antecedentes, un día me senté en el Estudio 54 de Nueva York. Mi asombro fue total. Allí, sentado en medio del cabaret, participando, gozando y sufriendo, experimenté todo lo que siempre habíamos intuido en esta obra.

De pronto no comprendí cómo la deslumbrante Liza Minnelli podía haber sido esa pobre Sally, cuyos méritos como cantante estaban supeditados a sus atractivos como prostituta..., la terrorífica y, sin embargo, atractiva personalidad del maestro de ceremonias me descubrió miles de mundos subterráneos que debieron existir cuando el huevo de la serpiente estaba a punto de eclosionar... ese Berlín, donde se estaba incubando el nazismo..., donde nadie parecía querer darse cuenta..., donde la vida era solamente un cabaret, sin más.

En un hermoso espejo deformante, Sam Mendes refleja los seres humanos de esta historia desde un nuevo y apasionante punto de vista. Si quieren vivir de cerca una época crucial en nuestra historia más reciente, si quieren disfrutar con números musicales que ya son clásicos y vivir un espectáculo en el cual el talento es el mayor atractivo, pasen, pasen y sean bienvenidos a este *Cabaret*. Es una emoción que nunca olvidarán. Para mí constituye una gran experiencia participar en una propuesta tan inteligente.